

Remando como
**un solo
hombre**

La historia del equipo de remo
que humilló a Hitler

DANIEL JAMES BROWN

Remando como
**un solo
hombre**

La historia del equipo de remo
que humilló a Hitler

DANIEL JAMES BROWN

Traducción de
GUILLEM USANDIZAGA

Título original:

The Boys in the Boat

© Del libro:

2013 by Blue Bear Endeavors, LLC

© De la traducción:

Guillem Usandizaga

© De esta edición:

Nórdica Libros, S.L.

www.nordicalibros.com

Capitán Swing Libros, S. L.

www.capitanswinglibros.com

© De las fotografías:

Créditos de las imágenes: pp. 16 and 28: *Seattle Post-Intelligencer* Collection, Museum of History & Industry, Seattle, All Rights Reserved; pp. 18 and 241: PEMCO Webster & Stevens Collection. Museum of History & Industry, Seattle, All Rights Reserved; pp. 36, 46, 81, 87, 102, 128, 178, 277, 341, 361, 370, 380, 410, 417, 420 and 425: Judith Willman Materials; p. 51: University of Washington Libraries, Special Collections, UW 33403; p. 68: University of Washington Libraries. Special Collections, A. Curtis 45236; p. 88: University of Washington Libraries, Special Collections, UW 20148z; p. 125: Bundesarchiv, Bild 183-S34639 / Rolf Lantin; p. 151: University of Washington Libraries, Special Collections, UW 3559; p. 197: © Bellmann/CORBIS; p. 204: Photo by Josef Scaylea. Used by permission; p. 226: University of Washington Libraries, Special Collections, UW 33402; p. 268: By permission of *Seattle Post-Intelligencer*; p. 292: Courtesy of Heather White; p. 319: Courtesy of the family of Bob Moch; pp. 350, 379, 388, 394, 396, 397 and 405: Limpert Verlag GmbH; p. 355: United States Holocaust Memorial Museum, Courtesy of Gerhard Vogel; p. 404: University of Washington Libraries, Special Collections, UW 1705; p. 414: Bundesarchiv, Bild 183-R80425 / o.Ang.

© Diseño gráfico:

Filo Estudio - www.filoestudio.com

ISBN: 978-84-16440-20-7

Depósito Legal: M-27878-2015

Código BIC: FV

Impreso en España / *Printed in Spain*

Kadmos (Salamanca)

Corrección ortotipográfica:

Victoria Parra y Ana Patrón

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Para

Gordon Adam

Chuck Day

Don Hume

George «Shorty» Hunt

Jim «Stub» McMillin

Bob Moch

Roger Morris

Joe Rantz

John White Junior

*y todos los demás fabulosos chicos de los años treinta:
nuestros padres, abuelos, tíos y viejos amigos.*

PRÓLOGO

«En un deporte como este —de mucho trabajo, poco reconocimiento y una larga tradición—, tiene que haber algo que a los hombres normales se les escapa, pero que los hombres extraordinarios captan».

GEORGE YEOMAN POCOCK

Este libro nació un día de primavera, frío y lloviznoso, en el que trepé por encima de la cerca de cedro que rodea mi prado y me abrí camino a través del bosque húmedo hasta la modesta casa de madera donde John Rantz agonizaba.

Solo sabía dos cosas de Joe al llamar ese día a la puerta de su hija Judy. Sabía que, con setenta y tantos, arrastró él solo un montón de troncos de cedro montaña abajo, que los partió a mano, cortó los postes e instaló los 667 metros lineales de la cerca por la que acababa de trepar; una tarea tan hercúlea que, cada vez que pienso en ella, muevo la cabeza maravillado. También sabía que había sido uno de los nueve jóvenes del estado de Washington —agricultores, pescadores y leñadores— que conmocionaron tanto al mundo del remo como a Adolf Hitler al ganar la medalla de oro en la modalidad de ocho con timonel en los Juegos Olímpicos de 1936.

Cuando Judy me abrió la puerta y me acompañó hasta la acogedora sala de estar, Joe estaba echado en un sillón reclinable con los pies levantados, con todos sus 188 centímetros de altura. Llevaba un chándal gris y unos botines afelpados de un rojo intenso. Lucía una barba blanca y corta. Tenía la piel cetrina y los ojos hinchados, debido a la insuficiencia cardíaca congestiva que le aquejaba. Cerca había una bombona de oxígeno. El fuego crepitaba y silbaba en la estufa de leña. Las paredes

estaban cubiertas de viejas fotografías de familia. Una vitrina atestada de muñecas, caballos de loza y porcelana con motivos florales descansaba contra la pared del fondo. La lluvia salpicaba una ventana que daba al bosque. En la minicadena, sonaban con suavidad canciones de *jazz* de los años treinta y cuarenta.

Judy me presentó y Joe me tendió la mano, extraordinariamente larga y delgada. Judy le había leído en voz alta uno de mis libros y él quería conocerme y hablar del texto. Se daba la casualidad de que, de joven, había sido amigo de Angus Hay Jr., hijo de un personaje determinante en la historia que cuenta ese libro. Así que estuvimos hablando un rato del tema. Luego la conversación fue derivando hacia su propia vida.

Tenía la voz aflautada, frágil y debilitada casi hasta el límite. De vez en cuando se quedaba en silencio. Sin embargo, poco a poco, incitado con suavidad por su hija, se puso a tirar de algunos hilos de su vida. Al recordar su infancia y su juventud durante la Gran Depresión, habló con la voz entrecortada, pero con decisión, sobre las privaciones que soportó y los obstáculos que superó: una historia que, mientras yo tomaba notas sentado, empezó por sorprenderme y luego me asombró.

Sin embargo, no fue hasta que empezó a hablar de su dedicación al remo en la Universidad de Washington cuando se puso a llorar de cuando en cuando. Habló del aprendizaje del arte de remar, de botes y remos, de tácticas y técnica. Rememoró las largas y frías horas pasadas en el agua, bajo cielos grises como el acero; las victorias cosechadas y las derrotas evitadas por los pelos; el viaje a Alemania y la entrada en el Estadio Olímpico de Berlín bajo la atenta mirada de Hitler; y al resto de compañeros de tripulación. Sin embargo, ninguno de estos recuerdos le arrancó una lágrima. Fue en un intento de hablar del «bote» cuando se le empezaron a entrecortar las palabras y los ojos, todavía vivaces, se le llenaron de lágrimas.

En un primer momento, pensé que se refería al *Husky Clipper*, el bote de competición con el que saltó a la fama. ¿O tal vez se refería a sus compañeros de equipo, un grupo inverosímil que consiguió uno de los grandes hitos del remo? Finalmente, al ver a Joe esforzándose una y otra vez en no perder la compostura, me di cuenta de que «el bote» era algo más que la embarcación o los remeros. Para Joe, incluía ambas cosas pero las trascendía: era algo misterioso y casi imposible de definir. Era una experiencia compartida, algo singular que pasó en una época dorada y lejana, en la que nueve jóvenes generosos lucharon juntos,

trabajaron codo con codo, como un solo hombre, y dieron todo lo que tenían los unos por los otros, unidos para siempre por el orgullo, el respeto y el afecto. Joe lloraba, como mínimo en parte, por la pérdida de ese momento, pero mucho más, creo, por la pura belleza del mismo.

Cuando ya estaba a punto de irme, Judy sacó la medalla de oro de Joe de la vitrina y la puso entre mis manos. Mientras la admiraba, me contó que años atrás desapareció. La familia buscó y rebuscó en la casa de Joe, pero finalmente se rindió y la dio por perdida. No fue hasta al cabo de muchos años, al reformar la casa, cuando por fin la encontraron escondida entre el material aislante del desván. Al parecer, una ardilla le cogió afición a los destellos del oro y escondió la medalla en su nido como si de un tesoro se tratara. Mientras Judy me lo contaba, se me ocurrió que la historia de Joe, igual que la medalla, llevaba demasiado tiempo oculta.

Estreché de nuevo la mano de Joe y le comenté que me gustaría volver otro día y hablar un poco más con él, y que me gustaría escribir un libro sobre su época de remero. Joe me agarró otra vez de la mano y dijo que a él le parecía bien, pero entonces se le volvió a entrecortar la voz y me advirtió con delicadeza: «Pero no tiene que ser solo sobre mí. Tiene que ser sobre el bote».

PRIMERA PARTE

Lo que han pasado

(1899-1933)

*«El remo es todo un arte.
Es el mejor arte que hay. Es una sinfonía de movimiento.
Cuando remas bien, es algo que se acerca a la perfección.
Y cuando te acercas a la perfección, rozas lo divino.
Es algo que roza el tú de los tú. Que es el alma».*

GEORGE YEOMAN POCOCK

*«Pero aun así quiero y deseo todos los días marcharme
a mi casa y ver el día del regreso... pues ya soporté
muy mucho sufriendo en el mar y en la guerra».*

HOMERO



EL PABELLÓN DE BOTES DE LA UNIVERSIDAD DE WASHINGTON EN LOS AÑOS TREINTA

CAPÍTULO I

«Al haber remado desde la tierna edad de doce años y al no haber abandonado el mundo del remo desde entonces, creo que puedo hablar con autoridad sobre lo que podemos llamar los valores escondidos del remo —los valores sociales, morales y espirituales de este deporte, el más antiguo del que tenemos noticia—. Ninguna clase magistral inculcará estos valores en el alma de los jóvenes. Tienen que adquirirlos a través de sus propias observaciones y de su aprendizaje.»

GEORGE YEOMAN POCOCK

El 19 de octubre de 1933 Seattle amaneció encapotado. Un día gris en una época gris.

En los muelles, los hidroaviones de la Gorst Air Transport se elevaban lentamente por encima del estrecho de Puget y pasaban zumbando hacia el oeste a poca altura, por debajo del manto de nubes, empezando sus vuelos cortos al astillero de Bremerton. Los transbordadores se alejaban del Colman Dock sobre un agua tan plana y apagada como el peltre viejo. En el centro de la ciudad, el edificio Smith apuntaba al cielo sombrío como un dedo levantado. En las calles a los pies del edificio, hombres con americanas raídas, zapatos desgastados y sombreros de fieltro magullados empujaban carretillas de madera hasta las esquinas donde iban a pasar el día vendiendo manzanas, naranjas y paquetes de chicles por unos cuantos peniques. A la vuelta de la esquina, en la pendiente pronunciada de Yesler Way, la antigua zona deprimida de Seattle, más hombres guardaban largas colas, con la cabeza gacha, mirando la acera mojada y hablando en voz baja entre ellos mientras esperaban que abrieran los comedores de beneficencia. Los camiones del *Seattle Post-Intelligencer* traqueteaban por las calles adoquinadas y arrojaban paquetes de periódicos. Los chavales tocados con gorras de lana que los vendían arrastraban los paquetes hasta los cruces transitados, las paradas de

tranvía y las entradas de los hoteles, donde sostenían los diarios en alto y los ofrecían a dos centavos la copia, voceando el titular del día: «La ayuda del Gobierno llegará a quince millones de personas».



HOOVERVILLE (SEATTLE)

Unas cuantas manzanas al sur de Yesler, en un barrio de chabolas que se extendía por la orilla de la bahía de Elliott, los niños se despertaban dentro de cajas de cartón húmedas que hacían las veces de camas. Sus padres salían de casuchas de cinc y tela asfáltica, y les invadía el hedor de aguas residuales y algas en descomposición procedente de las marismas que quedaban al oeste. Desmontaban cajas de madera, se agachaban ante brasas humeantes y las reavivaban. Levantaban la vista al cielo gris y uniforme y, al ver señales de que iba a llegar mucho más frío, se preguntaban cómo se las apañarían un invierno más.

Al noroeste del centro, en el viejo barrio escandinavo de Ballard, los remolcadores soltaban nubes de humo negro mientras metían largas armadías de troncos en la esclusa, que las elevaba hasta el nivel del lago Washington. Sin embargo, en buena parte de los astilleros apiñados alrededor de las esclusas, reinaba el silencio y, de hecho, estaban casi abandonados. En la bahía de Salmon, un poco más hacia el este, docenas de

barcos pesqueros, que llevaban meses sin faenar, cabeceaban en los amarres, y la pintura se desconchaba de los cascos desgastados. En el barrio de Phinney Ridge, que se yergue ante Ballard, el humo de la leña subía de las estufas y chimeneas de cientos de casas modestas y se disipaba en la neblina asentada más arriba.

Era el cuarto año de la Gran Depresión. Uno de cada cuatro estadounidenses en edad laboral —diez millones de personas— no tenía trabajo ni ninguna perspectiva de encontrarlo, y solo una cuarta parte recibía algún tipo de ayuda. En esos cuatro años, la producción industrial se había desplomado a la mitad. Como mínimo, un millón de personas, y quizá incluso dos, no tenían casa y vivían en la calle o en barrios de chabolas, como Hooverville, en Seattle. En muchas ciudades estadounidenses, todos los bancos estaban cerrados a cal y canto; tras sus puertas, los ahorros de incontables familias estadounidenses habían desaparecido para siempre. Nadie sabía cuándo se acabarían las vacas flacas, o si algún día se acabarían.

Y quizá esto era lo peor. Ya fueras un banquero o un panadero, un ama de casa o un sintecho, te acompañaba de noche y de día una incertidumbre terrible y constante respecto al futuro, una sensación de que en cualquier momento el suelo podía desaparecer bajo tus pies. En marzo había salido una película extrañamente oportuna y enseguida se había convertido en un éxito de taquilla: *King Kong*. Por todo el país se formaron largas colas delante de los cines, y personas de todas las edades apoquinaron valiosas monedas de diez y veinticinco centavos para ver la historia de una bestia enorme e irracional que había invadido el mundo civilizado, había capturado a sus habitantes entre sus garras y los había dejado colgando al borde del abismo.

Había indicios de que iban a venir tiempos mejores, pero solo eran indicios. La bolsa se había recuperado a principios de año, el índice Dow Jones había subido un histórico 15,34 por ciento en un solo día, el 15 de marzo, y cerró a 62,10. Sin embargo, los estadounidenses habían asistido a la destrucción de tanto capital entre 1929 y finales de 1932 que casi todos creían, y el tiempo les dio la razón, que llevaría toda una generación —veinticinco años— que el Dow Jones recuperara sus máximos anteriores de 381 puntos. Y, en cualquier caso, el precio de una acción de General Electric no les decía nada a la mayoría de estadounidenses, que no tenían acciones. Lo que les importaba era que las cajas fuertes y tarros

de debajo de la cama, donde guardaban lo que quedaba de sus ahorros de toda una vida, a menudo estaban peligrosamente vacíos.

Había un nuevo presidente en la Casa Blanca, Franklin Delano Roosevelt, un primo lejano de uno de los presidentes más optimistas y enérgicos, Teddy Roosevelt. FDR llegó al cargo rebosando optimismo, arropado por un montón de eslóganes y planes. Sin embargo, Herbert Hoover había llegado envuelto en un optimismo parecido y predijo alegremente que pronto llegaría un día en que la pobreza se expulsaría de Estados Unidos para siempre. «Nuestra tierra es rica en recursos, inspiradora en su gloriosa belleza, llena de millones de hogares felices; tiene la suerte de contar con buenas condiciones y oportunidades», dijo Hoover en su toma de posesión, antes de añadir unas palabras que no tardarían en resultar irónicas: «No hay ningún país en que el trabajo bien hecho encuentre mayor recompensa».

En cualquier caso, era difícil formarse una opinión sobre el nuevo presidente Roosevelt. En verano, cuando empezó a aplicar sus medidas, un coro cada vez más ensordecedor de voces hostiles empezó a tacharlo de *radical*, de *socialista* e incluso de *bolchevique*. Eran acusaciones inquietantes: por muy mal que estuvieran las cosas, no abundaban los estadounidenses dispuestos a seguir el camino ruso.

También había otro dirigente en Alemania, llegado al poder de la mano del Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores, un grupo con fama de comportarse como matones. Todavía era más difícil saber cómo había que interpretar esa victoria. Sin embargo, Adolf Hitler estaba empeñado en rearmar a su país a pesar del Tratado de Versalles. Y si el interés de la mayoría de estadounidenses por los asuntos europeos era casi nulo, los británicos estaban cada vez más inquietos ante la situación, y era inevitable plantearse si se estaba a punto de repetir los horrores de la Gran Guerra. Parecía improbable, pero la posibilidad flotaba como una nube persistente e inquietante.

El día anterior, el 8 de octubre de 1933, el *American Weekly*, el dominical del *Seattle Post-Intelligencer* y de docenas de otros periódicos estadounidenses, había publicado una viñeta de media página que formaba parte de una serie titulada *Sombras de la ciudad* [*City Shadows*]. Oscura, dibujada al carboncillo con técnica de claroscuro, representaba a un hombre con bombín presa del desánimo, sentado en la acera cerca de su puesto de caramelos con su mujer detrás, vestida con harapos, y

su hijo al lado, con algunos periódicos en la mano. La leyenda rezaba: «Venga, papá, no te rindas. Puede que no hayas vendido nada en toda la semana, pero yo tengo mi ruta de reparto de prensa». Sin embargo, era la expresión de la cara del hombre lo más llamativo. Angustiado, ojeroso, instalado en algún lugar más allá de la desesperación, daba a entender, de forma descarnada, que ya no creía en sí mismo. Para buena parte de los millones de estadounidenses que leían el *American Weekly* cada domingo, era una expresión demasiado familiar: la que veían cada mañana cuando se miraban al espejo.

Pero ese día en Seattle ni el cielo encapotado ni la penumbra duraron toda la jornada. Hacia última hora de la mañana, se empezaron a abrir grietas en el manto de nubes. Las aguas quietas del lago Washington, que se extendían detrás de la ciudad, pasaron lentamente de gris a verde y finalmente a azul. En el campus de la Universidad de Washington, encaramado encima de un acantilado que da al lago, los rayos de luz oblicuos empezaron a calentar los hombros de los alumnos que holgazaneaban en un amplio cuadrángulo de césped frente a la nueva y maciza biblioteca de piedra, y almorzaban, se enfrascaban en sus libros o charlaban tranquilamente. Entre los estudiantes se paseaban ufanos cuervos negros de plumaje lustroso con la esperanza de que en el césped hubiera caído algún bocado de salchicha ahumada o de queso. Encima de las vidrieras y de los elevados chapiteles neogóticos de la biblioteca, las chillonas gaviotas giraban en círculos blancos contra un cielo que, poco a poco, se iba volviendo azul.

En su mayor parte, chicos y chicas se sentaban en grupos separados. Los chicos llevaban pantalones planchados, zapatos acordonados, bien relucientes, y cárdigan. Mientras comían, hablaban con seriedad sobre las clases, sobre el inminente partido de fútbol americano contra la Universidad de Oregón, y sobre el final inverosímil del campeonato de béisbol de dos días atrás, cuando el pequeño Mel Ott, de los New York Giants, llegó a la base con dos fueras en la décima entrada. Ott había puesto el marcador dos a dos y luego pegó un batazo recto y largo hasta los asientos centrales y completó la carrera que les valió el campeonato y se lo arrebató a los Washington Senators. Era una demostración de que un tipo tirando a bajo podía ser decisivo, y un recordatorio de lo rápido que las cosas podían dar la vuelta, a mejor o a peor. Algunos jóvenes chupaban con pereza de sus pipas de madera de brezo y el aroma del tabaco Prince

Albert los envolvía. A otros les colgaba un cigarrillo de los labios, y, mientras hojeaban el *Seattle Post-Intelligencer* del día, podían alegrarse con un anuncio de media página que pregonaba la última prueba de que fumar era bueno para la salud: «21 de los 23 campeones de los Giants fuman Camel. Para ganar el campeonato, hay que estar en forma».

Las chicas, sentadas en el césped formando sus propios grupos, llevaban zapatos bajos de salón y medias de rayón, faldas hasta las pantorrillas y blusas holgadas con pliegues y volantes en las mangas y el cuello. Se esculpían el pelo con una amplia variedad de formas y estilos. Igual que los chicos, hablaban de las clases y, a veces, también de béisbol. Las que habían tenido alguna cita el fin de semana hablaban de las películas que se acababan de estrenar en la ciudad: *La mujer preferida*, con Gary Cooper, en el Paramount, y una película de Frank Capra, *Dama por un día*, en el Roxy. Igual que los chicos, muchas fumaban cigarrillos.

A media tarde, salió el sol y quedó un día cálido y diáfano, de luz dorada. Dos jóvenes que destacaban por su altura corrían con prisa por el cuadrángulo de césped frente a la biblioteca. Uno, un estudiante de primero que medía metro ochenta y ocho y se llamaba Roger Morris, era de complexión larguirucha y desgarbada; lucía una maraña de cabellos oscuros con un mechón que siempre amenazaba con caerle encima de la cara alargada, y a primera vista las cejas negras y espesas le daban un aire algo ceñudo. El otro joven, Joe Rantz, también era de primero y casi igual de alto —metro ochenta y seis—, pero tenía una complexión más compacta, con los hombros anchos y las piernas macizas y fuertes. Llevaba el pelo rubio rapado. Tenía la mandíbula pronunciada, facciones suaves y regulares, los ojos grises tirando a azules, y atraía las miradas disimuladas de muchas chicas sentadas en el césped.

Los dos jóvenes iban a la misma clase de ingeniería y esa tarde radiante compartían un objetivo audaz. Dieron la vuelta a una esquina de la biblioteca, bordearon el círculo de cemento del estanque Frosh, bajaron una cuesta cubierta de hierba y luego cruzaron Montlake Boulevard esquivando un flujo continuo de cupés negros, sedanes y biplazas descapotables. La pareja de amigos se dirigió hacia el este entre la pista de baloncesto y la excavación en forma de herradura que servía de campo de fútbol americano. Después giraron otra vez al sur por un camino de tierra que atraviesa el bosque abierto y lleva a una zona pantanosa que bordea el lago Washington. En el camino, adelantaron a otros chicos que iban en la misma dirección.

Finalmente, llegaron a una punta de tierra situada justo donde el canal conocido como Montlake Cut —simplemente el *Cut* en el habla del lugar— daba a la bahía de Union, en la orilla oeste del lago Washington. En la punta había un edificio extraño. Las paredes laterales —cubiertas de guijarros deteriorados por la intemperie y en las que se abrían una serie de ventanales— estaban inclinadas hacia dentro y las remataba un techo abuhardillado. Cuando los chicos dieron la vuelta hasta la fachada del edificio, se encontraron un par de puertas correderas enormes, la mitad superior de las cuales consistía casi exclusivamente en ventanas acristaladas. Una rampa ancha de madera iba desde las puertas correderas hasta un muelle largo que flotaba en paralelo a la costa del Cut.

Era un antiguo hangar construido por la Marina de Estados Unidos en 1918 para alojar hidroaviones de la Naval Aviation Training Corps durante la Gran Guerra. La guerra se terminó antes de que el edificio llegara a utilizarse, así que fue cedido a la Universidad de Washington en otoño de 1919. Desde entonces, sirvió de pabellón para guardar los botes del equipo de remo de la universidad. Ahora tanto la rampa ancha de madera que lleva al agua como un saliente estrecho de tierra al este del edificio estaban abarrotados de chicos que pululaban nerviosamente; en concreto, eran 175, la mayoría altos y delgados, aunque más o menos una docena eran notablemente bajos y menudos. También había unos cuantos chicos más mayores que, recostados en el edificio, con jerséis blancos estampados con grandes *W* color púrpura y los brazos cruzados, evaluaban a los recién llegados.

Joe Rantz y Roger Morris entraron en el edificio. A cada lado del espacio cavernoso, los botes de competición, largos y de líneas elegantes, estaban apilados de cuatro en cuatro en armazones de madera. Los cascos de madera pulida miraban hacia arriba y brillaban con los rayos de luz blanca que caían de las ventanas altas, y daba la sensación de que uno se encontraba en una catedral. El ambiente era seco y estaba en calma. Desprendía un agradable olor de barniz y de madera de cedro recién serrada. De las vigas del techo, colgaban banderolas universitarias de colores desvaídos: California, Yale, Princeton, la Marina de Estados Unidos, Cornell, Columbia, Harvard, Syracuse o el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). En los rincones del almacén, había docenas de remos de píceas amarillas apoyados verticalmente, de una longitud de entre tres y tres metros y medio, y con palas blancas en las puntas. Al fondo del pabellón, en una buhardilla, se oía a alguien que trabajaba con una escofina.

Joe y Roger se inscribieron en el equipo de remo de primer curso y, entonces, volvieron a la luz intensa del exterior y se sentaron en un banco a la espera de instrucciones. Joe le echó una mirada a Roger, que parecía relajado y seguro de sí mismo.

—¿No estás nervioso? —susurró Joe.

Roger le devolvió la mirada.

—Estoy aterrado. Doy esta imagen para rebajar un poco la sensación de competición.

Joe sonrió un momento, demasiado aterrado él mismo para aguantar la sonrisa mucho tiempo.

En el caso de Joe Rantz, quizá más que en el del resto de jóvenes reunidos en Montlake Cut, había algo en juego esa tarde, y él era perfectamente consciente de ello. Las chicas del césped frente a la biblioteca que lo habían mirado con interés habían pasado por alto algo que a él le parecía evidente: que su ropa no era como la de la mayoría de estudiantes —no llevaba la raya de los pantalones tan bien planchada, los zapatos acordonados no eran nuevos ni recién limpiados, y el jersey no era de estreno ni estaba impecable, sino que era una prenda heredada, vieja y arrugada—. Joe sabía de qué iba el mundo real. Sabía que no era evidente que ese fuera su lugar y tenía claro que no podía quedarse mucho tiempo en ese mundo de pantalones planchados, pipas de madera de brezo y cárdigan; de ideas interesantes, conversación sofisticada y oportunidades fascinantes, si la cosa no iba bien con el remo. No sería ingeniero químico y no se podría casar con su amor del instituto, que lo había acompañado hasta Seattle para empezar a construir una vida juntos. Fracasas como remero significaría, como mínimo, volver a un pueblo inhóspito de la península Olímpica, sin más perspectiva que vivir solo en una casa fría, vacía y a medio construir, sobrevivir como pudiera con trabajillos, buscando comida, y quizá, si tenía mucha suerte, encontrar otro trabajo en la construcción de una autopista para la Civilian Conservation Corps. En el peor de los casos, supondría unirse a una larga cola de hombres desesperados delante de un comedor social como el de Yesler Way.

Formar parte del equipo de primero no daba derecho a una beca para los estudios; en 1933 no existía tal cosa en Washington, pero era una garantía de conseguir un trabajo a tiempo parcial en alguna parte del campus, y eso —junto con lo que el joven Joe había podido ahorrar durante el largo año de duro trabajo manual por el que había pasado desde que

terminó el instituto— podía permitirle pagarse la carrera. Sin embargo, sabía que en pocas semanas solo un puñado de la multitud de chicos que le rodeaban seguiría compitiendo por entrar en el equipo de primero. A fin de cuentas, solo había nueve asientos en el bote de primero.

El resto de la tarde estuvo, en buena parte, dedicado a la recopilación de datos y cifras. A Joe Rantz, Roger Morris y los demás aspirantes les pidieron que se subieran a la báscula, que se pusieran al lado de un medidor de altura y que rellenaran formularios sobre su historia médica. Los ayudantes de entrenador y los estudiantes de cursos posteriores, provistos de pizarras, no andaban lejos y los miraban y anotaban los datos. Resultó que treinta estudiantes de primero medían metro ochenta o más, veinticinco medían metro ochenta y dos o más, catorce medían metro ochenta y cinco o más, seis medían metro ochenta y siete o más, uno medía metro noventa y un par «se alzaban un metro noventa y dos por encima del suelo», tal como observó uno de los periodistas deportivos que estaban presentes.

Dirigía todo el proceso un joven delgado que llevaba un gran megáfono. Tom Bolles, el entrenador de los de primero, había sido él mismo remero en Washington. De cara insulsa y agradable, algo chupada, y aficionado a llevar gafas de montura metálica, Bolles había estudiado historia, cursaba un máster y tenía un aire claramente intelectual —un aspecto que había animado a algunos periodistas deportivos de Seattle a empezar a referirse a él como *el profesor*—. Y, en muchos sentidos, el papel que tenía por delante ese otoño, como cada otoño, era el de educador. Cuando sus colegas de la pista de baloncesto o del campo de fútbol americano se encontraban con los estudiantes de primero cada otoño, podían suponer que los chicos habían jugado a esos deportes en el instituto y que, como mínimo, conocían los rudimentos de cada uno. Sin embargo, casi ninguno de los jóvenes reunidos esa tarde alrededor del pabellón de los botes había cogido unos remos, y lo que es seguro es que no lo habían hecho en una embarcación tan delicada y exigente como un bote de competición, tirando de remos el doble de largos que la altura de los jóvenes.

La mayoría eran chicos de ciudad, igual que los que holgazaneaban en el césped —hijos de abogados y hombres de negocios—, vestidos elegantemente con pantalones de lana y cárdigan. Unos pocos, como Joe, eran agricultores, leñadores o pescadores, el producto de las poblaciones nebulosas de la costa, de granjas lecheras húmedas y de pueblos madereros humeantes

repartidos por todo el estado. En su infancia, habían manejado con mano experta hachas, arpones y horcas, y se les habían fortalecido los brazos y ensanchado los hombros. Bolles sabía que su fuerza era una ventaja, pero en el remo —de ninguna manera se le escapaba— era como mínimo tan decisivo el arte como el músculo, y una inteligencia aguda era tan importante como la fuerza bruta. Había mil detalles que aprender, dominar y aplicar de una forma concreta para impulsar por el agua un bote de madera de cedro de sesenta centímetros de ancho, con tres cuartos de tonelada de humano a bordo con algún atisbo de velocidad y elegancia. En los próximos meses, tendría que enseñar a estos chicos, o a los pocos que iban a formar parte del equipo de primero, todas y cada una de esas mil pequeñas cosas. Y también algunas grandes: ¿podrían seguir los chicos de campo la parte intelectual del deporte?, ¿tendrían los chicos de ciudad la dureza necesaria para sobrevivir? La mayoría, Bolles lo sabía, no la tendrían.

Otro hombre alto miraba en silencio apostado en la ancha entrada del pabellón de los botes, impecablemente vestido como de costumbre, con un terno de calle oscuro, una camisa blanca recién planchada, corbata y sombrero de fieltro, mientras hacía girar una llave de la asociación Phi Beta Kappa que colgaba de un cordón que tenía en la mano. Al Ulbrickson, entrenador jefe de remo de la Universidad de Washington, era muy detallista y su manera de vestir comunicaba un mensaje sencillo: que era el jefe y que no estaba para tonterías. Solo tenía treinta años, lo suficientemente joven como para sentir la necesidad de marcar una distancia entre él y los chicos a los que dirigía. El traje y la llave de la asociación Phi Beta Kappa ayudaban en este sentido. También ayudaba que fuera muy guapo y conservara la complexión del remero que en su momento había sido, el antiguo remero de popa de un equipo de Washington que ganó campeonatos nacionales en 1924 y 1926. Era alto, musculoso, de hombros anchos y claramente nórdico de facciones, con los pómulos altos, la mandíbula marcada y los ojos fríos y de un gris pizarra. Eran el tipo de ojos que te hacían callar enseguida si eras un joven con tendencia a poner en cuestión las cosas que decía.

Había nacido justo aquí en el distrito de Montlake de Seattle, a poca distancia del pabellón de los botes. Se había criado unas cuantas millas más al sur del lago Washington, en Mercer Island, mucho antes de que se convirtiera en un enclave de ricos. De hecho, venía de una familia muy humilde, que tenía que hacer grandes esfuerzos para llegar a

final de mes. Para ir a la Franklin High School, cada día durante cuatro años tuvo que remar tres millas hasta Seattle en una pequeña barca y volver. Destacó en el instituto, pero nunca le pareció que los profesores sacaran lo máximo de él. No fue hasta que llegó a la Universidad de Washington y se ofreció para el equipo cuando encontró lo suyo. Por fin contaba con un reto en el aula y en el agua, y destacó en los dos ámbitos. Cuando se licenció en 1926, la Universidad lo contrató enseguida como entrenador del equipo de primero y luego como entrenador jefe. Ahora vivía solo para el remo de Washington. La universidad y el remo habían hecho de él lo que era. Para él eran casi una religión. Su trabajo consistía en animar a otros a que también se convirtieran.

Ulbrickson también era el hombre menos hablador del campus, quizá de todo el estado de Washington, legendario por su reticencia y lo inescrutable de su rostro. La mitad de sus ancestros eran daneses y la otra mitad, galeses, y los periodistas deportivos de Nueva York, molestos y fascinados al mismo tiempo por lo difícil que era arrancarle una buena declaración, habían dado en llamarlo *el danés adusto*. A sus remeros también les pareció un nombre adecuado, pero era muy improbable que lo llamaran así delante de él. Los chicos le tenían un gran respeto, que él se ganaba casi sin levantar la voz, de hecho casi sin hablar con ellos. Lo poco que decía lo escogía con tanto cuidado y lo transmitía de forma tan eficaz que cada palabra le caía al chico al que iba dirigida como una cuchilla o un bálsamo. Tenía rigurosamente prohibido a sus chicos que fumaran, soltaran palabrotas y bebieran, aunque se sabía que en alguna ocasión hacía las tres cosas cuando no podía verlo ni oírlo ningún miembro del equipo. A los chicos a veces les parecía casi como si no tuviera emociones, aunque año tras año conseguía despertar las más profundas y positivas que muchos de ellos jamás habían conocido.

Esa tarde, mientras Ulbrickson ojeaba la nueva cosecha de alumnos de primero, Royal Brougham, el jefe de deportes del *Post-Intelligencer*, se le fue acercando. Brougham era un hombre delgado, al que muchos años después el periodista de la ABC Keith Jackson llamaría *pequeño elfo alegre*. Puede que fuera alegre, pero también era astuto. Conocía bien la solemnidad perpetua de Ulbrickson y le había puesto sus propios apodosos al entrenador: a veces lo llamaba *el chaval inexpresivo*, y otras *el hombre con la cara de piedra*. Esa tarde miró la cara granítica de Ulbrickson y empezó a asaltarlo a preguntas —preguntas perspicaces y molestas—,

decidido a descubrir qué pensaba el entrenador de los Huskies sobre la nueva cosecha de alumnos de primero, toda esa *madera alta*, en palabras de Brougham. Ulbrickson guardó silencio un buen rato mientras miraba a los chicos apostados en la rampa con los ojos entrecerrados por los reflejos del sol en el canal. La temperatura había subido hasta los veinticinco grados, excepcionalmente cálida para una tarde de otoño en Seattle, y algunos chicos se habían quitado la camisa para aprovechar el sol. Unos pocos paseaban a lo largo del muelle, agachándose para levantar los largos remos de píceas amarillas, ver cómo era la sensación y comprobar que pesaban considerablemente. Bajo la luz dorada de la tarde, los chicos se movían con garbo, ágiles y sanos, dispuestos a aceptar el reto.



AL ULBRICKSON

Cuando Ulbrickson, por fin, se volvió hacia Brougham y contestó, fue con una sola palabra que tampoco parecía decir mucho: «Agradable».

Royal Brougham conocía a Al Ulbrickson bastante bien y se quedó pensando en la palabra. Había algo en la forma en que Ulbrickson había

respondido, un deje en la voz, un brillo en los ojos o una crispación en la comisura de los labios que atrajo la atención de Brougham. Al día siguiente, ofreció a sus lectores la traducción de la respuesta de Ulbrickson: «Lo que en términos menos cautelosos significa... «muy buena impresión, la verdad»».

El interés de Royal Brougham por lo que Al Ulbrickson pensaba no era superficial; era mucho más que el deseo de llenar su columna diaria con la enésima cita escueta de Ulbrickson. Brougham andaba metido en una búsqueda, una de las muchas que emprendió en sus sesenta y ocho años de carrera en el *Post-Intelligencer*.

Desde que entró en el periódico en 1910, Brougham se había convertido en algo parecido a una leyenda local, célebre por la asombrosa habilidad con la que sonsacaba información a figuras tan notorias como Babe Ruth y Jack Dempsey. Su opinión, sus conexiones y su tenacidad estaban tan bien consideradas que enseguida se convirtió en una especie de maestro de ceremonias de la vida social de Seattle, solicitado por peces gordos de toda clase —políticos, estrellas del atletismo, rectores de universidad, empresarios de boxeo, entrenadores e incluso corredores de apuestas—. Sin embargo, antes que nada, Brougham era un promotor magistral. Emmett Watson, otro escritor legendario de Seattle, lo llamó *mitad poeta, mitad P. T. Barnum*. Lo que quería promocionar por encima de todo era Seattle. Quería transformar la imagen que el resto del mundo tenía de su ciudad —maderera, pesquera, gris y aletargada— en algo mucho más distinguido y sofisticado.

Cuando Brougham empezó a trabajar en el *Post-Intelligencer*, el programa de remo de Washington no consistía en mucho más que un puñado de rudos chicos de campo dando bandazos por el lago Washington en botes que no eran del todo estancos y parecían bañeras, que tenían como entrenador al que a muchos les parecía un loco pelirrojo llamado Hiram Conibear. En el ínterin, el curso avanzó mucho, pero todavía se lo consideraba poco, más allá de la costa oeste. Brougham pensaba que era el momento de cambiar todo eso. A fin de cuentas, nada igualaba en distinción y sofisticación a un equipo de remo de nivel mundial. Era un deporte con una connotación clasista. Y un equipo era una buena manera para que una universidad o una ciudad se dieran a conocer.

En los años veinte y treinta, el remo universitario tenía muchísimos seguidores, a menudo encumbrado a los niveles del béisbol y el fútbol americano universitario por la cantidad de espacio que la prensa le concedía y la gente a la que atraía. La prensa nacional se fijaba en los mejores remeros, incluso en la época de Babe Ruth, Lou Gehrig y Joe DiMaggio. Los periodistas deportivos más destacados como Grantland Rice y Robert Kelley, del *New York Times*, cubrían las principales regatas. Millones de seguidores seguían los progresos de sus equipos a lo largo de las temporadas de entreno y competición, especialmente en la costa este, donde algo tan menor como el dolor de garganta de un timonel podía aparecer en los titulares. Los colegios privados del este, tomando como modelo instituciones británicas de élite como Eton, presentaron el remo como un deporte de caballeros y proveyeron a las universidades más prestigiosas del país, como Harvard, Yale o Princeton, con sus jóvenes caballeros remeros. Los seguidores más entusiastas incluso coleccionaban cromos de sus equipos favoritos.

Hacia 1920 los aficionados de la costa oeste empezaban a interesarse de forma parecida por sus propios equipos —espoleados por una acalorada rivalidad, que se remontaba a 1903, entre dos grandes universidades públicas, la Universidad de California de Berkeley y la Universidad de Washington—. Tras años de esfuerzos por conseguir financiación y reconocimiento incluso en sus propios campus, los programas de remo de ambas universidades por fin habían empezado a cosechar algún éxito ocasional al competir con sus homólogos del este. Recientemente, equipos de California habían llegado a ganar dos veces el oro en los Juegos Olímpicos. Ambas universidades podían contar a partir de entonces con que decenas de miles de estudiantes, exalumnos y ciudadanos emocionados acudirían a sus regatas dobles de cada mes de abril, en las que luchaban por la preeminencia en el remo de la costa oeste. Sin embargo, a los entrenadores del oeste se les pagaba una ínfima parte de lo que cobraban los entrenadores del este, y los equipos del oeste todavía remaban, en buena parte, los unos contra los otros. Ninguna de las dos universidades tenía un penique para fichajes y prácticamente nada que se pareciera a unos mecenas solventes. Todo el mundo sabía que el centro de gravedad del remo universitario estadounidense se encontraba en algún lugar entre Cambridge, New Haven, Princeton, Ithaca y Annapolis. A Royal Brougham se le ocurrió que si el centro de gravedad se pudiera

desplazar de alguna manera hacia el oeste, tal vez caería de lleno en Seattle y le proporcionaría a la ciudad una buena dosis de respeto, del que estaba muy necesitada. También sabía que, tal como iban las cosas, podía suceder que cayera en California.

Esa tarde, mientras Al Ulbrickson observaba a los alumnos de primero en el pabellón de botes de Seattle, ocho mil kilómetros hacia el este, un arquitecto de treinta y nueve años llamado Werner March trabajaba ya bien entrada la noche, encorvado sobre una mesa de dibujo de una oficina en alguna parte de Berlín.

Pocos días atrás, el 5 de octubre, Adolf Hitler y él se apearon de un Mercedes-Benz blindado de color negro en el campo, al oeste de Berlín. Les acompañaba el doctor Theodor Lewald, presidente del Comité Alemán Organizador de los Juegos Olímpicos, y Wilhelm Frick, ministro del Interior del Reich. El lugar donde se apearon estaba ligeramente elevado, unos treinta metros más alto que el centro de la ciudad. Al oeste se extendía el antiguo bosque de Grunewald, donde los príncipes alemanes del siglo xvi cazaban ciervos y jabalíes y donde, por aquel entonces, berlineses de todas las clases disfrutaban de caminatas y pícnicos e iban a buscar setas. Al este, los chapiteles de las iglesias y los tejados puntiagudos antiguos del centro de Berlín se erguían por encima de un mar de árboles de colores rojizos y dorados en el ambiente frío de otoño.

Los cuatro habían ido a inspeccionar el viejo Deutsches Stadion, construido en 1916 para los malogrados Juegos Olímpicos de ese año. El padre de Werner March, Otto, diseñó y controló la construcción de la estructura —el estadio más grande del mundo en aquel entonces—, pero los Juegos se anulaban debido a la Gran Guerra, que tanto humilló a Alemania. Ahora, bajo la dirección del joven March, se reformaba el estadio de cara a los Juegos Olímpicos de 1936, de los que Alemania era anfitriona.

En un principio, Hitler no tenía ninguna intención de acoger los Juegos. Casi todo lo que tenía que ver con la idea lo ofendía. El año anterior había tachado los Juegos de *invención de judíos y masones*. La misma esencia del ideal olímpico —que deportistas de todos los países y razas se mezclaran y compitieran en un plano de igualdad— era incompatible con el principal postulado del Partido Nacionalsocialista: que el pueblo ario era manifiestamente superior a los demás. Y Hitler sentía repugnancia ante la idea de que judíos, negros y otras razas vagabundas

del mundo entero se pasearan por Alemania. Sin embargo, en los ocho meses que habían pasado desde que en enero llegó al poder, Hitler había empezado a cambiar de parecer.

El hombre que, más que cualquier otro, fue responsable de esta transformación es el doctor Joseph Goebbels, ministro de Ilustración Pública y Propaganda. Ahora Goebbels —un antisemita especialmente furibundo que ideó buena parte del ascenso político de Hitler— estaba desmantelando sistemáticamente la libertad de prensa que quedaba en Alemania. Con una altura escasamente superior a metro cincuenta, la pierna derecha deforme y más corta, un pie zambo y la cabeza con una forma algo extraña, demasiado grande para el tamaño de su cuerpo, Goebbels no tenía aspecto de hombre poderoso, pero se contaba de hecho entre los miembros más importantes e influyentes del círculo íntimo de Hitler. Era inteligente, buen orador y extraordinariamente astuto. A muchas personas que lo conocían de actos sociales —entre ellos, el embajador estadounidense en Alemania, William Dodd; su mujer, Mattie; y su hija, Martha— les parecía «encantador», «contagioso» o «uno de los pocos alemanes con sentido del humor». Al hablar, su voz resultaba sorprendentemente cautivadora para ser tan bajo, una herramienta que blandía como una espada cuando se dirigía en persona a grandes multitudes o cuando hablaba por la radio.

Esa misma semana había reunido a trescientos periodistas berlineses para informarles de las disposiciones de la nueva Ley Nacional de Prensa de los nazis. En primer lugar, anunció que a partir de entonces, para ejercer el periodismo en Alemania, habría que ser miembro autorizado de la organización de prensa oficial, la Reichsverband der Deutschen Presse, y se denegaría la autorización a las personas que tuvieran un abuelo judío, o incluso a las que estuvieran casadas con alguien que lo tuviera. En cuanto al contenido editorial, nadie podía publicar nada que no contara con la bendición del partido. En concreto, no se podía publicar nada que «persiguiera debilitar el poder del Reich dentro o fuera del país, la voluntad del pueblo alemán como comunidad, su espíritu militar o su cultura y economía». Aquel día Goebbels aseguró tranquilamente a su público de periodistas estupefactos que nada de eso tenía por qué suponer ningún problema: «No veo por qué ibais a tener la menor dificultad en ajustar la tendencia de lo que escribís a los intereses del Estado. Es posible que el Gobierno se equivoque alguna vez —en cuanto a medidas concretas—, pero es absurdo

pretender que algo superior al Gobierno pueda ocupar su lugar. ¿De qué sirve, por tanto, el escepticismo editorial? Solo consigue que la gente se inquiete». Sin embargo, para mayor seguridad, el nuevo Gobierno nazi aprobó una medida adicional que preveía la pena de muerte para los que publicaran «artículos traicioneros».

Sin embargo, Goebbels tenía la mira puesta en mucho más que en controlar la prensa alemana. Siempre atento a las nuevas oportunidades de modular el mensaje general que se difundía desde Berlín, enseguida se dio cuenta de que acoger los Juegos Olímpicos brindaría a los nazis una oportunidad única de ofrecer al mundo una imagen de Alemania como Estado moderno y civilizado, un país amable, pero poderoso, que el mundo debía reconocer y respetar. Perfectamente consciente de los planes que tenía para Alemania en los días, meses y años venideros, Hitler, al escuchar a Goebbels, empezó a apreciar poco a poco el valor de ofrecer al mundo un rostro más atractivo que el que presentaban sus tropas de asalto de camisa parda y sus fuerzas de seguridad de camisa negra. En el peor de los casos, el paréntesis olímpico le serviría para ganar tiempo: tiempo para convencer al mundo de sus intenciones pacíficas justo cuando comenzaba a reconstruir el poder militar e industrial de Alemania de cara a la lucha titánica que se avecinaba.

Esa tarde Hitler había recorrido la zona olímpica sin sombrero, escuchando tranquilamente a Werner March, que explicaba que el hipódromo contiguo al viejo estadio impedía una gran ampliación. Hitler echó una mirada al hipódromo e hizo una aclaración que asombró a March. El hipódromo tenía que «desaparecer». Había que construir un estadio mucho más grande, con capacidad para un mínimo de cien mil personas. Y más todavía, tenía que haber un enorme complejo deportivo alrededor que ofreciera espacios para un amplio abanico de competiciones, un único *Reichssportfeld* unificado. «Será una tarea de todo el país», dijo Hitler. Tenía que ser un testimonio del ingenio alemán, de su superioridad cultural y de su creciente poder. Cuando el mundo se reuniera aquí, en este terreno elevado con vistas a Berlín, en 1936, contemplaría el futuro no solo de Alemania, sino de la civilización occidental.

Cinco días después, Werner March, encorvado sobre la mesa de dibujo, solo tenía tiempo hasta la mañana para mostrarle a Hitler los planos preliminares.

En Seattle, hacia la misma hora, Tom Bolles y sus ayudantes liberaron a los estudiantes de primero. Los días empezaban a acortarse y a las 17:30 horas el sol se escondió detrás del puente de Montlake, justo al oeste del pabellón de los botes. Los chicos emprendieron el camino de vuelta al campus principal, cuesta arriba. Iban en pequeños grupos, moviendo la cabeza, hablando en voz baja sobre sus posibilidades de formar parte del equipo.

Al Ulbrickson se quedó en el muelle flotante mientras escuchaba el sonido del agua del lago al lamer la orilla y veía cómo los chicos se iban. Tras su mirada implacable, los pensamientos se sucedían todavía más rápido que de costumbre. Hasta cierto punto, seguía obsesionado por la desastrosa temporada de 1932. Más de cien mil personas habían acudido a ver la competición anual entre California [Cal] y Washington y se habían agolpado a lo largo de las orillas del lago. El viento soplaba con fuerza en el momento en que tenía que empezar el principal evento, la regata entre universidades, y el lago estaba espumoso por el oleaje. Casi en el mismo instante en que comenzó la carrera, el bote de Washington empezó a hacer agua. A mitad de la regata, los remeros, sentados en sus bancos móviles, chapoteaban cubiertos de varios centímetros de agua. Cuando el bote de Washington se acercó a la meta, estaba dieciocho largos detrás del de Cal y la única duda era si se hundiría antes de cruzarla. Siguió más o menos a flote, pero el resultado fue la peor derrota en la historia de Washington.

En junio de ese año, el equipo de Ulbrickson intentó sacarse la espina en la regata anual de la Asociación de Remo Interuniversitaria en Poughkeepsie (Nueva York), pero Cal les dio otra paliza, esta vez por cinco largos. Ya entrado el verano, el equipo de Washington se aventuró en las pruebas clasificatorias para los Juegos Olímpicos en el lago Quinsigamond de Massachusetts y lo intentó una vez más. Esta vez lo eliminaron en la fase de clasificación previa. Y para colmo, en agosto, en Los Ángeles, Ulbrickson presencié cómo su homólogo de Cal, Ky Ebright, ganaba el galardón más codiciado del deporte: una medalla de oro olímpica.

Los chicos de Ulbrickson se reorganizaron enseguida. En abril de 1933, un equipo nuevo y refundado se vengó sin demora y arrolló a los Cal Bears, los campeones olímpicos, en las aguas del estuario de Oakland, es decir, en casa. Al cabo de una semana, lo hicieron de nuevo y derrotaron a Cal y a la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA) en un recorrido de dos mil metros en Long Beach (California). La

regata de Poughkeepsie de 1933 se anuló debido a la Gran Depresión, pero Washington volvió a Long Beach ese verano para competir contra los mejores equipos del este: Yale, Cornell y Harvard. Washington le arrebató el primer lugar a Yale por dos metros y medio y se proclamó campeona nacional de facto. Ulbrickson contó a la revista *Esquire* que ese equipo era, de lejos, el mejor que había entrenado. Tenía lo que los periodistas llamaban *mucha ligereza*. Teniendo en cuenta la historia reciente y el aspecto prometedor de algunos estudiantes de primero que esa tarde se alejaban del pabellón de los botes, había muchas razones para que Ulbrickson fuera optimista de cara a la próxima temporada.

Sin embargo, seguía habiendo una realidad dolorosa. Ningún entrenador de Washington se había siquiera acercado a la clasificación para los Juegos Olímpicos. Con el encono que últimamente había surgido entre los equipos de Washington y California, las dos medallas de oro de Cal habían sido difíciles de encajar. Ulbrickson ya tenía la mira puesta en 1936. Tenía muchas ganas de volver a Seattle con una medalla de oro; desde luego más ganas de las que reconocía.

Para conseguirlo, Ulbrickson sabía que tendría que salvar una serie de obstáculos imponentes. A pesar de los reveses del año anterior, el entrenador jefe de Cal, Ky Ebright, seguía siendo un adversario extraordinariamente astuto, considerado por muchos como el maestro intelectual del deporte. Poseía una asombrosa habilidad para imponerse en las grandes regatas, las que realmente contaban. Ulbrickson tenía que encontrar un equipo que pudiera ganar al mejor Ebright y mantenerlo a raya en un año olímpico. Luego tendría que arreglárselas para volver a ganar a las universidades de élite del este —en especial a Cornell, Syracuse, Pennsylvania y Columbia— en la regata de la Asociación de Remo Interuniversitaria de Poughkeepsie en 1936. Después era muy posible que tuviera que enfrentarse a Yale, Harvard o Princeton —universidades que ni se dignaban a remar en Poughkeepsie— en las pruebas de clasificación para los Juegos Olímpicos. Después de todo, Yale había conseguido el oro en 1924. También era probable que los clubes privados de remo del este, especialmente el Pennsylvania Athletic Club y el New York Athletic Club, estuvieran entre los contendientes en las pruebas clasificatorias de 1936. Finalmente, si lograba viajar a Berlín, tendría que derrotar a los mejores remeros del mundo —seguramente chicos británicos de Oxford y Cambridge, aunque se decía que los alemanes estaban

formando equipos extraordinariamente potentes y disciplinados con el nuevo sistema nazi, y los italianos casi se hicieron con el oro en 1932.

Ulbrickson sabía que todo tenía que empezar aquí, en este muelle, con los chicos que ahora se alejaban hacia la luz menguante. Entre ellos —esos chicos verdes e inexpertos— habría que seleccionar a un equipo capaz de afrontar grandes retos. Habría que detectar a los pocos que tenían el potencial de fuerza bruta, la resistencia casi sobrehumana, la fuerza de voluntad indomable y la capacidad intelectual necesaria para dominar las cuestiones técnicas; y cuáles, además de todas esas cualidades, tenían la más importante: la capacidad de olvidarse de sus propias ambiciones, de tirar su ego por la borda, dejar que se arremolinara en la estela del bote, y remar, no solo por él mismo, no solo por la victoria, sino por los demás chicos del bote.



HARRY, FRED, NELLIE Y JOE RANTZ HACIA 1917